

sido mujer de esta resolucion, con ella logró ocultar y salvar al hermano.

Hacíase en general molesto é insufrible este triunvirato, echándose de ello la culpa mas principalmente á Antonio, por ser de mas edad que César, y de mas poder é influjo que Lépido; pero él lo que hizo luego que alojó en los negocios fue retroceder á aquella vida muelle y disoluta de sus primeros años. Agregábase ademas á la mala opinion que de él se tenia, el odio no pequeño que contra él resultaba por la casa de su habitacion, que habia sido de Pompeyo Magno, varon no menos admirable por su sobriedad y por su tenor de vida, tan sencillo como el de cualquiera particular, que por sus tres triunfos. Porque se digustaban de verla por lo comun cerrada á los generales, á los pretores y á los legados, despedidos ignominiosamente desde la puerta, y llena de farsantes, de charlatanes y aduladores crapulentos, con los que gastaba la mayor parte de una riqueza adquirida por los medios mas violentos é intolerables; pues no solo vendian las haciendas de los proscritos, y se valian de todo género de exacciones, sino que noticiosos de que en el colegio de las vírgenes vestales existian despósitos de extranjeros y de ciudadanos, entraron y se apoderaron de ellos. Viendo pues César que á Antonio nada le bastaba, propuso que se repartieran los caudales; lo que así se hizo, y repartieron tambien el ejército, dirigiéndose ambos á la Macedonia contra Bruto y Casio, y dejando á Lépido mandando en Roma.

Luego que habiendo desembarcado pusieron mano á la guerra, y estuvieron al frente del enemigo, oponiéndose Antonio á Casio, y César á Bruto, ninguna hazaña notable se vió de César; sino que Antonio era á quien se debian las victorias y los triunfos. Porque en la primera batalla derrotado César por Bruto, perdió el campamento, y fue muy poco lo que en la fuga se adelantó á los que iban en su alcance: aunque segun escribió en los Comentarios, habiendo tenido uno de sus amigos un ensueño, se retiró antes de la batalla; pero Antonio venció á Casio; no faltando sin embargo quienes escriban que Antonio no se halló en la batalla, sino que despues de ella alcanzó á los que perseguian

á los enemigos. A Casio, Píndaro, uno de sus mas fieles libertos, á peticion y ruego suyo lo pasó con la espada, porque no sabía que Bruto habia quedado vencedor. Al cabo de pocos dias se dió otra batalla; y siendo vencido Bruto, se quitó la vida, debiéndose principalmente á Antonio la gloria de este triunfo: bien que César se hallaba á la sazón enfermo. Puesto ante el cadáver de Bruto, por un momento le echó en cara la muerte de su hermano Cayo, á quien la habia dado Bruto en Macedonia en venganza por Ciceron; pero diciendo que mas bien que Bruto era culpable Hortensio de la muerte del hermano, mandó que Hortensio fuese pasado á cuchillo sobre su sepultura; y encima del cadáver de Bruto arrojó su manto de púrpura, que era de grandísimo precio, y encargó á uno de sus propios libertos que cuidara de darle sepultura. Supo mas adelante que este no habia quemado el manto con el cadáver, y que habia escatimado alguna parte de la suma que se decia impendida en el entierro, é hizo darle muerte.

Despues de estos sucesos César se restituyó á Roma, creyéndose que segun su debilidad su vida no seria larga; pero Antonio, dirigiéndose á las provincias de Oriente para adquirir fondos, pasó por la Grecia al frente de un numeroso ejército, porque habiendo prometido á cada soldado cinco mil dracmas, se veian en la precision de recoger cuantiosas sumas y hacer grandes exacciones. Sin embargo, con los Griegos no se portó dura y molestamente, y mas bien les fueron agradables su genio festivo en las conversaciones con los eruditos, su asistencia á los juegos y á las iniciaciones, y su blandura en los juicios; complaciéndose en oirse apellidar amigo de los Griegos, y todavía mas, amigo de los Atenienses, á cuya ciudad hizo muchos donativos. Como quisiesen con este motivo los de Megara mostrarle alguna cosa apreciable en contraposicion de Atenas, y deseasen sobre todo que viese su casa de consejo, subió allá; y preguntándole despues de haberla visto ¿qué le parecia? Pequeña, les respondió, pero vieja. Pasó tambien á medir el templo de Apolo Pitio con ánimo de restaurarlo; porque así lo habia ofrecido al Senado.

Despues que habiendo dejado á Lucio Censorino por gobernador de la Grecia pasó al Asia, y empezó á participar de aquellas riquezas, frecuentando Reyes su casa, y compitiendo las mujeres de estos entre sí en dotes y atractivos para ganarle; al mismo tiempo que César era fatigado con sediciones y guerras, gozaba él de gran sosiego y paz, y era de sus antiguos afectos impelido otra vez á la acostumbrada vida. Los llamados Anaxenores, grandes guitarristas; los llamados Xutos, célebres flautistas, el bailarín Metrodoro y toda la comparsa de juglares asiáticos, que en desvergüenza é insolencia se dejaban muy atrás á las pestes de Italia, corrieron y se apoderaron de su palacio, y ya nada quedó que fuera tolerable, entregados todos á este desconcierto. Porque toda el Asia, á manera de aquella ciudad de Sófoeles, estaba á un tiempo llena de sahumerios aromáticos,

Y de cantos á un tiempo y de lamentos.

Al entrar pues en Éfeso las mujeres le precedian disfrazadas en bacantes, y los hombres en sátiros y Panes; y estando la ciudad sembrada de yedra, de tirsos, de salterios, de obues y de flautas, le saludaban y apellidaban Baco el benéfico y el meliflúo, y ciertamente para algunos lo era, siendo para los mas cruel y desabrido: porque despojaba á los honestos habitantes de sus haciendas para darlas á aduladores y bibrones; y pidiéndole algunos las haciendas de hombres que vivian como si hubiesen muerto, las alcanzaban. La casa de un ciudadano de Magnesia la dió á un cocinero en premio de haberle dado gusto en una cena. Finalmente impuso á las ciudades dos tributos, sobre lo que hablando Híbreas en defensa del Asia, se atrevió á decirle con demasiada aspereza, aunque al gusto de Antonio, segun su genio: Si puedes recoger dos veces en un año el tributo, podrás hacer que haya dos veces verano y dos veces otoño. Haciendo despues la cuenta de que el Asia le habia contribuido con doseientos mil talentos, le dijo tambien con arrojo y confianza: Si no los has percibido, pídelos á los que los recogieron; y si los percibiste y ya no los tienes, somos perdidos: expresion que llamó mucho la atencion á Antonio,

el cual ignoraba lo mas de lo que pasaba: no tanto por ser negligente y descuidado, como porque sencillamente se fiaba demasiado de los que le rodeaban. Pues realmente tenia un gran fondo de sencillez, y no daba fácilmente en las cosas; pero luego que advertia sus faltas era vehemente en sentir las, y no se detenia en dar satisfaccion á los ofendidos. Era ademas excesivo en la retribucion y en el castigo, aunque mas salia de medida en el recompensar que en el castigar. Las chanzas y burlas que á los otros hacia, llevaban en sí mismas la medicina; porque no habia mal en volvérselas y en chancearse tambien; y no menos se divertia con que se le burlasen que con burlarse; cosa que en muchos negocios le fue perjudicial. Porque no sospechando que los que tenían libertad para las burlas le adulaban en los negocios serios, le cogian fácilmente como con cebo con las alabanzas; no advirtiendo que algunos mezclan la libertad como una salza astringente con la lisonja para quitar la saciedad al atrevido y demasiado hablar de los festines; y para disponer tambien el que cuando ceden y se aquietan en los negocios, parezca que no es en obsequio de la persona, sino á causa de darse por vencidos de su prudencia y su juicio.

Siendo este el carácter de Antonio, se le agregó por último mal el amor de Cleopatra, porque despertó é inflamó en él muchos afectos hasta entonces ocultos é inactivos; y si habia algo de bueno y saludable con que antes se hubiese contenido, lo borró y destruyó completamente; y el enredarse en él fue de esta manera. Habiendo de emprender la guerra pártica, le envió orden de que pasara á verse con él en la Cilicia para responder á los cargos que se le hacian sobre haber socorrido y auxiliado largamente á Casio para la guerra. Delio, que fue mensajero, luego que vió su semblante, y en sus palabras descubrió su talento y sagacidad, al punto se impuso de que Antonio no haria mal ninguno á una mujer como aquella, sino que mas bien sería desde luego la que privase con él. Conviértese pues á obsequiar y ganarse á aquella gitana, persuadiéndola, segun aquello de Homero, á que fuera á la Cilicia compuesta y adornada, y no temiera á Antonio, que era el mas dulce y humano de

todos los generales. Creyó Cleopatra á Delio, y conjeturó por César y por el hijo de Pompeyo, á quienes siendo todavía mocita, habia tratado de que le habia de ser muy fácil el apoderarse de Antonio : porque aquellos la habian conocido de muy jóven y sin experiencia de mundo, y á este iba á verle en aquella edad, en que la belleza de las mujeres está en todo su esplendor, y la penetracion en su mayor fuerza. Previno pues dones, riquezas y adornos cuales convenia llevase yendo á tratar grandes negocios de un reino opulento; pero sobre todo puso en sí misma y en sus arterias y atractivos las mayores esperanzas; y así emprendió su viaje.

Como hubiese recibido ademas diferentes cartas, así del mismo Antonio, como de otros amigos de este que la llamaban, le miró ya con tal desden y desenfado que se resolvió á navegar por el rio Cidno en galera con popa de oro, que llevaba velas de púrpura tendidas al viento, y era impelida de remos con palas de plata, movidos al compás de la música de flautas, obues y citaras. Iba ella sentada bajo dosel de oro adornada como se pinta á Vénus. Asistianla á uno y otro lado para hacerle aire muchachitos parecidos á los amores que vemos pintados. Tenia asimismo cerca de sí criadas de gran belleza vestidas de ropas con que representaban á las Nereidas y á las Gracias, puestas unas á la parte del timon, y otras junto á los cables. Sentianse las orillas perfumadas de muchos y exquisitos aromas, y un gran gentío seguia la nave por una y otra orilla, mientras otros bajaban de la ciudad á gozar de aquel espectáculo; al que despues corrió toda la muchedumbre que habia en la plaza hasta haberse quedado Antonio solo sentado en el tribunal; y la voz que de unos en otros se propagaba era que Vénus venia á ser festejada por Baco en bien del Asia. Convidóla pues á cenar, mas ella significó que desearia fuese Antonio quien viniese á acompañarla; y como este quisiese darle desde luego pruebas de deferencia y humanidad, se prestó al convite y acudió á él. Encontróse con una prevencion y aparato superior á lo que puede decirse; pero lo que le dejó parado sobre todo fue la muchedumbre de luces, porque se dice

fueron tantas las que habia suspendidas y colocadas por todas partes, y dispuestas entre sí con tal artificio y órden en cuadros y en círculos, que la vista que hacian era una de las mas hermosas y dignas de mirarse de cuantas han podido trasmitirse á la memoria de los hombres.

Al dia siguiente la convidó á su vez; y aunque se esforzó á aventajarse en esplendidez y en delicadeza, quedó inferior en ambas cosas; y viéndose en ellas vencido, fue el primero á burlarse de su torpeza y rusticidad. Cleopatra, que en la misma befa que de sí hacia Antonio, echó de ver que esta no tenia nada de fina, y se resentia de lo soldado, usó tambien con él de chanzas sin reserva y con la mayor confianza; pues segun dicen, su belleza no era tal que deslumbrase ó que dejase parados á los que la veian; pero su trato tenia un atractivo inevitable, y su figura, ayudada de su labia y de una gracia inherente á su conversacion, parecia que dejaba clavado un aguijon en el ánimo. Cuando hablaba el sonido mismo de su voz tenia cierta dulzura, y con la mayor facilidad acomodaba su lengua como un órgano de muchas cuerdas al idioma que se quisiese: usando muy pocas veces de intérprete con los bárbaros que á ella acudian, sino que á los mas les respondia por sí misma, como á los Etiopes, Trogloditas, Hebreos, Arabes, Siros, Medos, y Partos. Dicese que habia aprendido otras muchas lenguas, cuando los que la habian precedido en el reino ni siquiera se habian dedicado á aprender la egipcia; y algunos aun á la macedonia habian dado de mano.

De tal manera avasalló á Antonio, que á pesar de haberse puesto en guerra con César Fulvia su mujer por sus propios negocios, y de amenazar por la Macedonia el ejército de los Partos, del que los Reyes habian nombrado generalísimo á Labieno, y con el que iban á invadir la Siria, se marchó arrastrado de ella á Alejandria; donde entretenido en las diversiones y juegos propios de un muchacho dado al ocio, desperdiciaba y malograba el gasto de mayor precio de todos, como decia Antifon, que es el tiempo: porque seguian la que llamaban *comunion de vidas imitable*; y convidándose alternativamente por dias, hacian un gasto desmedido.

Referia á mi abuelo Lamprias el médico Filotas, natural de Anfiso, que á la sazón se hallaba él en Alejandría, jóven aun y aprendiendo su profesion, y habiéndose hecho conocido de uno de los gefes de cocina de palacio, le persuadió este á que pasara á ver la suntuosidad y aparato de uno de aquellos banquetes, que introducido á la cocina, entre otras muchas cosas vió ocho cerdos monteses asados; lo que le hizo admirarse del gran número de convidados, á lo que se rió el cocinero, y le dijo que los convidados no eran muchos, sino unos doce; pero que era preciso que estuviera en su punto cada cosa que habia de ponerse á la mesa; y pasado este se echaba á perder: pues podia suceder que entonces mismo pidiese Antonio la cena, ó de allí á poco, si le ocurría, ó dilatarlo mas, pidiendo un vaso para beber, ó por moverse alguna conversacion; por lo cual no parecia que era una cena sola, sino muchas las que se preparaban, á causa de que no podia preverse la hora. Referia pues estas cosas Filotas, y tambien que al cabo de algun tiempo vino á ser uno de los dependientes del hijo mayor de Antonio, tenido en Fulvia, con el que cenaba en confianza con otros amigos cuando aquel no cenaba con el padre; y que en una de estas ocasiones al médico, que era insolente, y les mortificaba con disputas mientras cenaban, le hizo callar con este sofisma: al que está algo calenturiento se le ha de dar de beber frio: todo el que tiene calentura está algo calenturiento; luego á todo el que tiene calentura se le ha de dar de beber frio: que con esto se habia quedado aturdido aquel hombre sin hablar palabra; y celebrándolo el hijo de Antonio, se habia echado á reir y le dijo: Todas aquellas cosas, ó Filotas, te las doy de regalo, señalando un aparador lleno de muchas y preciosas piezas de plata; que él le agradeció el buen deseo, estando muy distante de pensar que aquel jóven pudiera tener facultad de hacer un presente tan cuantioso; pero de allí á poco tomó todas las piezas uno de los criados, y se las Revó en un canasto, diciendo que lo sellase por suyo; que él lo repugnó y temia recibirlo; pero el criado habia replicado de esta manera: «Miserable, ¿en qué te detienes? ¿no sabes que el que te lo regala es hijo de Antonio, y que po-

dria darte otras tantas piezas de oro? Aunque si á mí me crees, lo mejor será que no las cambies á dinero, porque quizá el padre deseará algunas de estas piezas por ser obra antigua y de primorosa hechura.» Decíame pues mi abuelo que Filotas hacia frecuente esta relacion.

Cleopatra, usando de una adulacion no cuádruple, como dice Platon, sino múltiple, ora Antonio estuviese dedicado á cosas serias, ora para juegos y chanzas, siempre le tenia preparado un nuevo placer y una nueva gracia con que le traia embobado, sin aflojar de día ni de noche. Porque con él jugaba á los dados, con él bebia y con él cazaba; siendo su espectadora si se ejercitaba en las armas. Cuando de noche se acercaba á las puertas y ventanas de los particulares para hacer burlas á los que se hallaban dentro, ella tambien corria con él las calles, y le acompañaba, tomando el traje de una esclava, porque él se disfrazaba de la misma manera; de aquí es que siempre se retiraba, habiendo sufrido por su parte algunas burlas, y á veces hasta golpes; lo que á muchos les inducia á sospechar de él. Con todo los Alejandrinos no dejaban de divertirse con su humor festivo, y de usar de chanzas y juegos, no del todo sin gracia y sin chiste, celebrando su genio, y diciendo que con los Romanos usaba de la máscara trágica, y con ellos de la cómica. Referir muchos de sus juegos y burlas, no dejaria de parecer bien insulso; mas vaya el siguiente. Estaba una vez pescando con mala suerte; y enfadándose porque se hallaba presente Cleopatra, mandó á los pescadores que metiéndose sin que notara debajo del agua, pusieran en el anzuelo peces de los que ya tenian cogidos; y habiendo sacado dos ó tres lances, no dejó la gitana de comprender lo que aquello era. Fingió pues que se maravillaba, y haciendo conversacion con sus amigos, les rogó que al día siguiente concurrieran á ser espectadores. Embarcáronse muchos en las lanchas, y luego que Antonio echó la caña, mandó á uno de los suyos que nadara por debajo del agua, y adelantándose colgara del anzuelo pescado salado del Ponto. Cuando Antonio creyó que habia caido algun pez, tiró, y siendo el chasco y la risa tan grande como se puede pensar: Deja,

le dijo, ó Emperador, la caña para nosotros los que reinamos en el Faro y en Canobo : vuestros lances no son sino ciudades, Reyes y provincias.

Mientras con tales juegos y puerilidades se entretenia Antonio, le sobrecogieron dos mensajes : uno de Roma, por el que se le avisaba que Lucio su hermano y Fulvia su mujer primero habian reñido y altercado entre sí, y despues, poniéndose en guerra abierta con César, lo habian echado todo á perder, y huido de la Italia. El otro en nada era mas favorable y llevadero que este, porque se le decia que Labieno al frente de los Partos habia subyugado el Asia desde el Eufrates y la Siria hasta la Lidia y la Jonia. Vuelto pues con dificultad en sí como del sueño ó de la embriaguez, movió primero para hacer frente á los Partos, y llegó hasta la Fenicia ; pero enviándole Fulvia cartas llenas de lamentos, se dirigió hácia la Italia, conduciendo doscientas naves. Tropezó por suerte en la travesía con aquellos de sus amigos que habian huido, y supo que la causa de la disension habia sido Fulvia, mujer de carácter inquieto y violento, que habia esperado sacar á Antonio de los lazos de Cleopatra si se suscitaba algun movimiento en la Italia. Sucedió por casualidad que Fulvia, que iba en su busca, enfermó en Sicione, y murió ; con lo que hubo mas proporcion para su reconciliacion con César. Pues luego que llegó á la Italia, como se viese que César no tenia contra él ninguna queja, y que de las que contra él habia, echaba la culpa á Fulvia, no le permitieron sus amigos que exigiese explicaciones ; sino que los pusieron bien al uno con el otro, y partieron el imperio, poniendo por límite el mar Jonio : de manera que las regiones de Oriente quedaron para Antonio, las de Occidente para César, y el Africa se le dejara á Lépido : disponiéndose ademas que si no les agradase ser cónsules, lo fueran amigos de ambos alternativamente.

Aunque esto parecia haberse concluido á satisfaccion, siendo necesario darle mayor consistencia, la fortuna la proporcionó : porque Octavia era hermana mayor de César bien que no de la misma madre : pues era hija de Ancaria, y este nacido despues de Tacia. Amaba sobremanera á la her-

mana, que se dice haber sido ejemplo maravilloso de mujeres. Hallábase viuda de Cayo Marcelo, muerto poco habia, y parecia que habiendo fallecido Fulvia, se hallaba tambien viudo Antonio : pues aunque no negaba sus relaciones con Cleopatra, no confesaba estar casado ; siendo esto lo único en que parecia haber lidiado contra el amor de la Egipciaca. Insistian todos en esta otra boda, esperando que reuniendo Octavia con una gran belleza, una admirable gravedad y juicio, si se enlazaba con Antonio, y era de él amada como á sus sobresalientes calidades correspondia, habia de ser un poderoso vínculo para la salud y concordia de unos y otros. Luego que se pusieron de acuerdo, subieron á Roma para celebrar el matrimonio de Octavia ; y no permitiendo la ley que la mujer viuda se casara antes de los diez meses de la muerte del marido, el Senado por un decreto le remitió el tiempo que faltaba.

Estaba Sexto Pompeyo apoderado de la Sicilia, y talaba la Italia por medio de muchas naves corsarias, mandadas por el pirata Mena y por Meneerates, con lo que hacia el mar intransitable ; y habiéndose portado benignamente con Antonio, porque habia dado hospedaje á su madre huida de Roma con Fulvia, les pareció conveniente avenirse tambien con él. Reuniéronse al efecto en el promontorio Miseno, y punta de él que da sobre el mar, arribando Pompeyo con su escuadra, y siendo escoltados Antonio y César de su infantería. Convenidos en que Pompeyo tendria la Cerdeña y la Sicilia, bajo la condicion de limpiar el mar de piratas, y de enviar á Roma una cantidad determinada de trigo, se convidaron á cenar reciprocamente ; y sorteando quién seria el primero que agasajara á los otros, le cupo la suerte á Pompeyo. Preguntóle Antonio donde cenarian, y le respondió : Aquí, señalando la galera capitana de seis órdenes : porque esta es, añadió, la casa paterna que le ha quedado á Pompeyo ; lo que decia para zaherir á Antonio, que se habia hecho dueño de la casa del padre de Pompeyo. Aferrando pues la nave con las áncoras, y formando una especie de puente desde el promontorio, les hizo el mas amistoso recibimiento. Estaban en lo mejor del convite y en la fuerza de los dichos

punzantes lanzados contra Cleopatra y Antonio, cuando el pirata Mena se acercó á Pompeyo de manera que los otros no lo oyeron: Y ¿quieres, le dijo, que pique los cables de la nave, y te haré señor, no solo de Sicilia y Cerdeña, sino del imperio de los Romanos? Al oirlo Pompeyo se quedó pensativo por algun tiempo, y luego le respondió: Valia mas, Mena, que lo hubieras hecho sin prevenírmelo: ahora debo respetar el estado presente, porque no es de mi carácter el ser un perjuro. Habiendo sido convidado del mismo modo despues de ambos, navegó la vuelta de Sicilia.

Antonio despues del convenio envió á Ventidio al Asia para que detuviera á los Partos, no dejándoles pasar mas adelante, y habiendo sido nombrado por hacer obsequio á Octavio César sacerdote de César el dictador, continuaron tratando en buena compañía y amistad de los mas graves negocios; mas cuando se juntaban á divertirse y jugar, Antonio se sentia mortificado de que siempre era el que libraba peor; y es que tenia á su lado un gitano dado á la adivinacion, de aquellos que examinan el signo; el cual ó instruido de Cleopatra, ó teniéndolo por cierto, estaba diciendo continuamente á Antonio con sobrada libertad que siendo su fortuna la mas grande y brillante, se marchitaba al lado de la de César, y el aconsejaba que se alejara cuanto mas pudiera de aquel jóven. Porque tu genio, le decia, teme al suyo; y siendo festivo y altanero cuando está solo, se queda tamañito y abatido luego que aquel parece; y los hechos parece que venian en apoyo del gitano. Porque si se echaban suertes sobre cualquiera cosa á ver á quien le tocaba, ó si jugaban á los dados, siempre era Antonio el que perdía. Echaban muchas veces á reñir gallos ó codornices adiestradas, y siempre vencian los de César; con lo que recibia manifiesto disgusto Antonio; y bien por esta causa, ó mas bien por haber dado oídos al adivino, marchó de la Italia, dejando al cuidado de César sus cosas domésticas; aunque á Octavia la llevó en su compañía hasta la Grecia, habiendo ya tenido en ella una niña. Hallábase de invernada en Atenas cuando le llegaron las nuevas de las victorias de Ventidio; á saber, que habia derrotado á los Partos en una batalla, en la que

habian muerto Labieno y Farnapates, que era el mejor general de los del Rey Orodes. Por estos sucesos dió un banquete público á los Griegos, y combates á los Atenienses; para lo que dejando en casa las insignias del mando, salió en ropa y calzado de confianza con las batas de que usan los presidentes de los juegos, y por sí mismo separó, tomándolos del cuello segun costumbre, á los jóvenes combatientes.

Habiendo de partir para la guerra, tomó una corona del olivo sagrado; y llenando segun cierto oráculo un odre lleno de agua de la *Clepsidra* (1), le llevó tambien consigo. En esto, cargando Ventidio sobre Pacoro, hijo del Rey, que de nuevo invadia la Siria con un poderoso ejército, le derrotó en la region Cirrestica con gran matanza de los enemigos, siendo Pacoro uno de los primeros que murieron. Este suceso entre los mas celebrados de los Romanos dió á estos la mas completa satisfaccion por los infortunios de Craso, y encerró otra vez dentro de los términos de la Media y la Mesopotamia á los Partos, vencidos tres veces consecutivas en batalla campal. Contúvose Ventidio de seguirles mas lejos el aleance por temor de la envidia de Antonio; mas sojuzgó á todos los que se habian rebelado, y cercó á Antioco Comageno en la ciudad de Samosata. Proponiéndole este que entregaria mil talentos, y quedaria á las órdenes de Antonio, le mandó acudiera á Antonio mismo; el cual ya se hallaba cerca, y no permitia que Ventidio concluyera el tratado con Antioco, queriendo que este acto tomara de él el nombre, y no sonara todo hecho por Ventidio. Prolongábase el sitio, y los de adentro, luego que desconfiaron de la paz, se defendian vigorosamente; por lo que viendo Antonio que nada adelantaba, avergonzado y arrepentido á un tiempo, se dió por contento de concluir el tratado con Antioco en trescientos talentos. Arregló en seguida en la Siria algunos negocios, y regresando á Atenas, dispensó á Ventidio los honores que le eran debidos, y lo envió á obtener los del triunfo. Hasta ahora este es el único que hubiese triunfado de los Partos: hombre de nacimiento oscuro, y que solo debió á

(1) Era una fuente de la ciudadela de Atenas parecida á los relojes de agua, porque á veces la tenia y á veces no.

la amistad de Antonio la ocasion de emprender grandes hazñas; con lo que se confirmó lo que se decia de Antonio y de César: que eran mas afortunados mandando por medio de otros que por sí mismos: pues tambien Sosio, general de Antonio, se distinguió por sus hechos en la Siria, y Canidio, á quien habia dejado por su lugarteniente en la Armenia, venciendo á los de esta region y á los Reyes de los Iberes y los Albanos, habia llegado hasta el Cáucaso; con lo que el nombre y fama del poder de Antonio se habian difundido entre aquellos bárbaros.

Indispuesto de nuevo contra César por algunos chismes, navegó con trescientas galeras á la Italia; y no habiéndole querido recibir los Brentesianos, se dirigió á Tarento. Navegaba con él desde la Grecia Octavia, que se hallaba á la sazón encinta, y habia dado antes á luz otra niña. Rogóle pues esta que la enviara á tratar con el hermano; y habiéndose hallado en el camino con César, á quien acompañaban sus amigos Agripa y Mecenas, se lamentó mucho con ellos, y les hizo repetidos ruegos sobre que no la abandonaran en ocasion que de la mas dichosa habia venido á ser la mas infeliz de las mujeres. «Porque ahora, decia, todos me tienen la mayor consideracion por ser mujer y hermana de los Emperadores; pero si las cosas paran en mal, y se rompe la guerra, en cuanto á vosotros es incierto á quien tiene prescrito el hado el vencer ó ser vencido; cuando para mí lo uno y lo otro es miserable y triste.» Vencido César con estas razones, se encaminó de paz á Tarento, donde gozaron los habitantes del magnífico espectáculo de ver en tierra un numeroso ejército, muchas naves surtas en el puerto, y los recibimientos y abrazos recíprocos de unos y otros. Túvulos el primero á cenar Antonio, concediendo tambien esto César al amor de la hermana. Convínose entre ellos que César daria á Antonio dos legiones para la guerra Pártica, y Antonio á César cien naves bronceadas; y Octavia sobre esto recabó del marido veinte buques menores para el hermano, y mil soldados mas de este para aquel. Terminada así su desavenencia, César al punto se dirigió á la Sicilia á la guerra contra Pompeyo; y Antonio, encomendándole á Octavia con los hijos

habidos de ella y los que tenia de Fulvia, dió la vela para el Asia.

La mas terrible peste que habia estado callada por largo tiempo, es decir, el amor de Cleopatra, que parecia adormecido y debilitado por mejores consideraciones, se encendió y estalló de nuevo al acercarse á la Siria; y por fin el caballo indócil y desbocado del apetito, como se esplica Platon, hollando y pisando todo lo honesto y saludable, hizo que enviara á Fonteyo Capiton para conducir á la Siria á Cleopatra. Llegado que hubo le concedió y añadió á sus provincias, no una cosa pequeña y despreciable, sino la Fenicia, la Cellesiria, Chipre y mucha parte de la Cilicia; y ademas todavía la parte de Judea que produce el bálsamo, y de la Arabia Nabatea todo lo que toca al mar exterior. Incomodáronse los Romanos en gran manera con estas donaciones, sin embargo de que á personas particulares daba provincias y reinos de grandes naciones, y á muchos les quitaba tambien los reinos, como al Judío Antígono, al que traído á su presencia hizo decapitar, no habiéndose impuesto antes esta pena á ningun Rey; pero lo que mas insufrible se les hacia era el pasar por la vergüenza de los honores dispensados á Cleopatra. Subió de punto este oprobio habiendo tenido de ella dos hijos gemelos, de los cuales al uno llamó Alejandro y á la otra Cleopatra, y por sobrenombre á aquel Sol, y á esta Luna. Era singular en hacer gala de sus escesos y liviandades: así decia que la grandeza del imperio de los Romanos no resplandecía en lo que adquirian, sino en lo que donaban; y que la nobleza se dilatava con las sucesiones y descendencias de muchos Reyes, y de este modo era como su progenitor venia de Hércules, que no limitó su sucesion á una mujer sola, ni temió á las leyes de Solon, y á la cuenta que habia de darse de la procreacion; sino que se propuso dar á la especie muchos principios y orígenes de familias y linajes.

Habiendo Fraates dado muerte á su padre Orodes, fueron muchos los Partos que tomaron la huida, y de ellos vino á acogerse á Antonio Moneses, varon muy principal y poderoso, al cual, como asemejase sus infortunios á las de Temis-

toeles, y comparase su propio poder y magnanimidad con los de los Reyes de Persia, le hizo donacion de tres ciudades, Larisa, Aretusa y Hierópolis, llamada antes Bambice. Envió el Rey de los Partos quien ofreciera á Moneses su diestra en señal de reconciliacion, y Antonio manifestó placer en mandarle, porque tiraba á engañar á Fraates con la idea de paz, para ver si así recobraría las insignias que tomaron á Craso, y los soldados que todavía sobreviviesen. Remitió por entonces á Cleopatra á Egipto; y marchando por la Arabia y la Armenia, donde se le reunieron sus tropas y las de los Reyes aliados, que eran muchos, y el mas poderoso de todos Artabaces, Rey de Armenia que se presentó con diez y siete mil caballos y siete mil infantes, hizo el alarde de su ejército. De los Romanos eran los infantes sesenta mil y diez mil hombres de caballería de Españoles y Galos incorporados á los Romanos; y de las demas naciones entre caballería y tropas ligeras treinta mil hombres. Todo este aparato y este poder, que infundió terror hasta en los Indios de la otra parte de la Bactriana, y conmovió toda el Asia, dicen que se inutilizó en su mano á causa de Cleopatra: porque apresurándose á ir á pasar con ella el invierno, precipitó la guerra antes de tiempo, y todo lo hizo arrebatada y tumultuariamente, como hombre que no estaba en su acuerdo; sino que como con yerbas ó hechizos tenia siempre los ojos puestos en ella, y atendía mas á volver cuanto antes á su lado que á domar á los enemigos.

Porque en primer lugar debiera haber internado en la Armenia, para dar descanso á las tropas fatigadas con una marcha de ocho mil estadios, y haber ocupado la Media en el principio de la primavera, antes que los Partos movieran de sus cuarteles de invierno; y no teniendo paciencia para esperar tanto tiempo, marchó desde luego con el ejército, dejando á la izquierda la Armenia, y tocando en la region Atropadena, se puso á talar el pais. Despues de esto conduciendo en trescientos carros las máquinas de sitio, entre las que habia un ariete de ochenta pies de largo, y de las cuales ninguna que se destruyese podia ser reparada con tiempo por no producir todo aquel pais superior sino maderas rui-

nes y blandas, con la priesa las dejó como estorbos de su ligera marcha encomendadas á una guardia, de la que era comandante Taciano; y se fué á poner sitio á Fraata, ciudad populosa, en la que se hallaban los hijos y las mujeres del Rey de la Media. La necesidad le convenció bien presto del error que habia cometido en dejar las máquinas, temiendo que recurrir al medio de levantar contra la ciudad grandes trincheras á costa de mucho tiempo y trabajo. Bajó en esto con poderoso ejército Fraates, y enterado de que habian quedado atrás los carros de las máquinas, envió contra ellos una gruesa division de caballería, por la que sorprendido Taciano, murió en la accion, y diez mil hombres con él. Tomaron ademas los bárbaros las máquinas, y las destruyeron, é hicieron gran número de cautivos, siendo uno de ellos el Rey Polemon.

Mortificó este suceso, como era indispensable, á todo el ejército de Antonio, por haber sufrido tan inesperado descalabro; y Artabaces, Rey de Armenia, abandonando el partido de los Romanos, se retiró con sus tropas, sin embargo de que habia sido el principal instigador de aquella guerra. Acudieron con intrepidez los Partos contra los sitiadores, haciéndoles injuriosas amenazas; y no queriendo Antonio que estando el ejército en inaccion, prendiera y se aumentara en él el desaliento, tomando diez legiones, tres cohortes pretorias de infantería y todos los caballos, marchó con estas tropas á acopiar víveres, pensando que así atraeria mejor á los enemigos, y vendrian á una batalla campal. Habia hecho un dia de marcha, y viendo que los Partos le iban alrededor buscando el caer sobre él en el camino, puso en el campamento la señal de batalla, y levantando despues las tiendas, como si no hubiera de pelear, pasó por delante de la hueste de los bárbaros, que estaba formada en media luna, dando la orden de que cuando se viera que los mas avanzados de los enemigos estaban al alcance de los legionarios, les diera una carga la caballería. A los Partos, que se mantenian á distancia, les pareció superior á todo elogio la formacion de los Romanos, y observaban atentos como iban pasando con ciertos claros compasados sin desór-



den y en silencio, blandiendo las lanzas. Dada la señal, acometió con algarazas la caballería; y los Partos se defendieron en sus puestos, aunque desde luego estuvieron al alcance de los dardos; mas cuando acometió la infantería, espantados los caballos de los Partos con sus gritos y el estruendo de las armas, y asustados tambien estos mismos, dieron á huir antes de venir á las manos. Siguióles Antonio el alcance, concibiendo esperanza cierta de que con aquella batalla ó se daba fin á la guerra, ó se estaba cerca de él; pero cuando despues de haberlos perseguido los infantes por espacio de cincuenta estadios, y la caballería por tres tantos mas, se halló al hacer el recuento de los muertos y cautivos, que estos no eran mas que treinta, y aquellos no pasaban tampoco de ochenta, fue grande la incertidumbre y desaliento en que cayeron, al hacer la triste reflexion de que si vencian no acababan sino con un número muy corto; y si eran vencidos, tenían una pérdida tan terrible como la que tuvieron en la accion en que perdieron los carros. Movieron al dia siguiente para volver al sitio y campamento delante de Fraata; y al principio dieron en el camino con unos cuantos enemigos, despues con muchos mas, y por fin con todos, que como invictos y con nuevas fuerzas los provocaban, é intentaban acometerles por todas partes; tanto que no sin gran dificultad y trabajo pudieron llegar salvos al campamento; y como los Medos de adentro hubiesen hecho una salida contra las trincheras, y hubiesen infundido terror en las avanzadas, irritado Antonio, recurrió á la pena de diezmar á los que se habian manifestado cobardes; porque formándolos por decenas, de cada una pasó por las armas al que le tocó la suerte; y á los que quedaron mandó que en lugar de trigo les distribuyeran cebada.

Haciase á unos y á otros difícil esta guerra, y lo futuro les infundia igual miedo: á Antonio porque temia el hambre, y no veia el modo de hacer acopios sin heridos y muertos; y á Fraates porque sabia que los Partos todo lo podian sufrir menos la intemperie, y pasar las noches al raso en el invierno; por lo que tenia el recelo de que si los Romanos aguantaban y permanecian, lo abandonasen sus tropas;

pues ya habian empezado los frios apenas pasado el equinoccio de otoño. Discurrió pues el siguiente ardid: aquellos Partos mas conocidos cuando se encontraban con los Romanos al ir á buscar viveres ú á otros menesteres, los trataban con mas blandura, y aun disimulaban cuando los veian tomar algunas cosas, celebrando su valor como de unos buenos guerreros, admirados con razon aun de su mismo Rey. Con esto ya luego se llegaban mas cerca, y parando los caballos, motejaban á Antonio de que estando Fraates dispuesto á la paz por lástima de tantos y tan valientes soldados, no se prestaba aquel, ni daba la menor ocasion, sino que se estaba muy tranquilo, dando lugar á que sobrevinieran otros enemigos mas terribles, el hambre y el invierno, de los que les seria difícil librarse, aun cuando los Partos se propusieran acompañarlos. Como muchos acudiesen á Antonio con estas relaciones, empezó á ceder y ablandarse con la esperanza; mas sin embargo no se resolvió á entrar en tratados con el Parto, sin haber antes averiguado de aquellos bárbaros, que tan benignos se mostraban, si el Rey pensaba como ellos. Contestáronle que sí, y aun exhortaron á que no se tuviera ningun recelo ó desconfianza; y ya con esto Antonio envió á algunos de sus mas allegados con la proposicion de que le entregara los cautivos y las insignias, para que no pareciese que lo que únicamente buscaba era salvarse y huir. Respondiéndole el Parto que si dejadas á un lado aquellas reclamaciones se retiraba, al punto tendria seguridad y paz, tomó en pocos dias sus disposiciones, y se puso en marcha. Mas con ser el mas elocuente de su tiempo para mover al pueblo, y llevarse tras sí un ejército, de vergüenza y aburrimiento no se atrevió á alentar por sí mismo á las tropas, sino que dió este encargo á Domicio Enoabarro, con lo que algunos se incomodaron, teniéndolo á desprecio; pero los mas lo llevaron á bien, y reflexionando el motivo, por lo mismo creyeron que debian ser mas sumisos y obedientes al general.

Su intencion era regresar por el mismo camino, que era llano y despejado de árboles; pero un Arabe del pais de los Mardanos, que en gran parte habia contraido las costum-